

SALTO AL VACÍO

Una estrecha y sinuosa carretera de montaña. Una señal que indica que el límite de velocidad es de cuarenta kilómetros por hora. Un coche que lo triplica y, por si no queda claro que no le importa lo que le marque, en su desenfundada carrera arranca la señal. Un conductor que aúlla. Un salto al vacío.

Tras cincuenta metros de caída libre, el automóvil choca, por fin, contra la dura roca y sigue despeñándose ladera abajo. Rodando, rodando, rodando... Quién sabe lo que se le pasa por la cabeza al conductor. Quizá se esté arrepintiendo de haberse suicidado de aquella manera. Quizá se esté felicitando por su determinación. Quizá piense que, después de todo, aquel desengaño no era para tanto. Quizá esté evocando la imagen de su mujer, la mujer de su vida, por la que tanto se había sacrificado, practicando el arte amatorio con aquel desconocido mientras espiaba a través de la rendija de la puerta, sin poder hacer otra cosa más que mirar durante aquellos flagelantes veinte minutos. Aunque, siendo franco, yo creo que las únicas cosas que le pasan por la cabeza son el techo y el parabrisas de aquel coche antiguo que no hace más que dar vueltas de campana sobre sí mismo, dejándose arrastrar por su destino. Y cuando al fin la inercia cesa y el movimiento se detiene en el fondo de aquel abismo, el conductor espera lo inevitable. Pero a veces el destino es burlado. Y lo que debiera acabar, no hace más que continuar.

Él ve una luz hacia la que debe ir, a la Parca que desea acompañarle. Y entonces aparece una mujer de la nada que le aparta de ese mortífero camino. Una mujer que es como deben ser esas mujeres que te libran de la muerte: una mujer de facciones suaves, de ojos rasgados color avellana, de mirada bondadosa, de cabello ondulado y rubio que se apoya sobre unos desnudos hombros antes de continuar su largo recorrido hasta el lugar donde empiezan las piernas. Una mujer de sonrisa tan cálida que es capaz de hacerte creer que en el mundo no existe el dolor. Una mujer cuya única imperfección, un punto rojo en medio de la mejilla izquierda, no hace más que

perfeccionarla. Una mujer que te coge de la mano cuando todo tu cuerpo te grita y consigue hacerlo callar justo antes de que un dulce sueño se apodere de ti, acunado por su celestial mueca. Una mujer que consigue todo esto sobre nuestro moribundo protagonista...

Al despertar, una inmensa oscuridad lo cubría todo. Él se encontraba en medio de una minúscula habitación de paredes pétreas, en la que no había ni ventanas ni lámpara alguna que pudiesen ser utilizadas para luchar contra aquella negrura. La mullida cama en la que estaba tumbado y una lujosa puerta de ébano que vio al girar la cabeza, eran los únicos objetos que había en el cuarto. Una fina franja de luz se colaba bajo la puerta, pero no osaba iluminar más allá del resquicio.

Se sentía extraño. No tenía apenas fuerzas para moverse y mucho menos para incorporarse; sólo podía rotar el cuello para mirar en dirección a la puerta, esperando que alguien entrase. Y hasta este ligero movimiento le suponía un esfuerzo sobrehumano. Una sensación de irrealidad le estaba invadiendo. Sin duda, todo tenía más tinte de realidad que cualquier sueño, pero algo no encajaba. Aquella mujer, ¿la había visto de verdad? Pasó horas y horas divagando en aquel tenebroso rincón del mundo, notando cómo las energías le volvían muy paulatinamente.

Sus pupilas se acostumbraron a aquella lóbreguez. Aburrido, se concentró en una esquina, allí donde las sombras parecían más densas, poniendo toda su atención en descubrir las formas exactas de las rocas que formaban aquel trozo de pared. Pero, para su sorpresa, aquel punto de extrema oscuridad, en lugar de aclararse, se estaba dilatando. Aquella nebulosa de la noche estaba engullendo la pared. Y no podía apartar la mirada. En cuestión de minutos, la intranquilidad dio paso a un temor angustiante. Era como si sus ojos se des acostumbraran y perdieran más y más visión. Cuando la mitad de la pared fue devorada por aquella sombra, un sudor pegajoso y una respiración jadeante se encargaron de manifestar su pavor absoluto. Los escalofríos aumentaban de frecuencia hasta derivar en verdaderas tiritonas. Un frío glacial parecía manar de aquella sombría

mancha. Nunca había tenido tanto frío. Pero lo que acabó por helarle hasta la sangre, fue el ver una sonrisa, más oscura que la mismísima oscuridad, dibujada en medio de aquella negrura, en el preciso instante en que se apoderó de todo su campo visual. Incluso adquirió profundidad. ¡Estaba saliendo de la pared! Lo que parecía en un principio una rendición de la retina, no lo era, pues en aquella sombra percibió arrugas y dobleces, como si se tratara de una túnica negra. Igual que aquella mañana en la que asistió al adulterio, estaba completamente paralizado, atraído por un morboso espectáculo con los ojos desenchajados, sin poder de actuación. Estaba imaginándose a sí mismo arrojándose fuera de la cama, deslizándose a rastras hasta la puerta y golpeándola con ímpetu, solicitando a gritos la ayuda de aquella salvadora improvisada. Y lo único que pudo hacer fue quedarse tumbado en la cama temblando, expulsando nubes blanquecinas de vaho mientras emitía ahogados gemidos que ni él podía oír.

En la túnica se dibujaron dos mangas. Una huesuda mano se colocó ante su rostro y fue desplazándose lentamente hasta situarse a apenas unos centímetros de su brazo, esperando ser estrechada. Cerca de la otra manga, un filo curvado emitía un opaco brillo. Incapaz de resistirse, acercó su mano a la de aquella sombra, sin que su glacial aura le asustara. La hoja del arma despidió una intensa y cegadora luz que transformó todo lo que antes era oscuridad en el más deslumbrante foco blanco. Pero aquella luz no le hizo ni pestañear. Se sentía increíblemente cómodo. Deseaba fervientemente tomar aquella mano entre las suyas, pese a que su oferta era la muerte.

Tan hechizado estaba, que no escuchó el violento chasquido de la puerta abriéndose, ni el cántico pronunciado en una lengua tan antigua como la humanidad. Sólo recuperó el control sobre sí mismo cuando la sonrisa de aquella sombra degeneró en un gesto de frustración.

–¡Márchate de aquí y no vuelvas!– exclamó una voz femenina.

En aquel momento, la mujer que le había rescatado de entre los hierros de su automóvil, apareció frente a él, caminando decidida hacia aquella mezcla de oscuridad y luz. Antes de que

todo se volviera gris de nuevo y la amenaza se extinguiera, pudo admirarla en toda su plenitud, con aquel corpiño verde que dejaba al descubierto el cuarto superior del tronco, con su larga y ceñida por la cintura falda de color ceniza, con el poderoso talismán celta que colgaba de su cuello y que ahora sostenía entre sus dedos apuntando con él hacia adelante. Se enamoró perdidamente de aquel rostro tierno que intentaba mostrarse fiero contra aquella sombra, como una ardilla defendiendo su botín.

Cuando ya sólo quedaba la tenue iluminación que pasaba a través de la puerta abierta, ella relajó sus facciones y sus músculos y soltó un largo suspiro, demostrando que había salvado a su protegido por escasos segundos. Él quiso ponerse en pie para mostrar su agradecimiento, pero la mujer se le acercó antes de que lo hiciera.

–Shhh... Descansa. Reserva tus energías– le susurró mientras se sentaba junto a él en la cama.

Antes de que pudiera expresar verbalmente gratitud alguna, ella acarició su frente con dulzura y él cerró los ojos, dejándose llevar por aquella sensación de bienestar. Un extremo cansancio se apoderó de sus miembros y quedó dormido nuevamente.

Mucho tiempo más tarde, quizá días, una fuerte discusión interrumpió su letargo. Parecía provenir de una habitación contigua.

–¡Maldito seas! ¡Déjame ir con ella! ¡Es la cuarta vez que viene a buscarme! ¡Quiero irme con ella! ¡La prefiero antes que a vosotros!– exclamó sollozando una anciana.

Una voz joven y masculina habló en un tono muy bajo, probablemente intentando calmarla. Al momento, sonó un chillido ensordecedor que fue disminuyendo de potencia gradualmente. Y tras el silencio, una puerta se cerró.

Él se sentía algo debilitado, pero podía ponerse en pie. El resorte del miedo colaboró en ello. Tambaleándose, se acercó a su puerta y asió la maneta. La intentó accionar hacia abajo, pero ni se movió. Luchó contra el ébano desesperadamente. ¡Estaba encerrado! Golpeó la puerta con los

puños, dio patadas. Se echó hacia atrás para impactar con sus hombros; sin embargo dio con muy poca fuerza contra la madera y no pudo hacer más que rebotar y caer como un saco de harina. La puerta ni siquiera tembló ante ninguno de sus intentos. Comenzó a gritar: “¡Socorro! ¡Socorro!” Y decenas, quizá centenares de voces, respondieron. Mujeres, niños, viejos, sus ecos... todos enajenados, solicitando ayuda en lenguas diferentes, llorando y gimiendo en la misma. Sus palabras se estrellaban y recorrían kilómetros y kilómetros de galerías subterráneas. Aquel coro desenfrenado de desesperados le estremeció. ¿Dónde estaba?

En medio del barullo, unos pasos terribles resonaron por encima del resto de voces, acercándose a su habitación. Procuró ponerse en pie y cuando estaba medio incorporado, la puerta se abrió violentamente y chocó contra su cabeza. Él trastabilló hacia atrás, quedando finalmente sentado sobre el borde de la cama. Un hombre joven y fuerte, seguramente el que había oído poco antes a través de la pared, se acercó enfurismado.

–Vaya, vaya. Aquí tenemos al agitador– dijo mientras se lanzaba sobre él y lo estrangulaba.

Mientras perdía de nuevo la consciencia, centró su atención en el pasillo exterior, esperando de nuevo a su salvación. Y cuando la vio entrar, se tranquilizó y cedió al cansancio.

Sabía que ella no le dejaría morir, y estaba en lo cierto, pues volvió a despertar. Se encontraba físicamente exhausto. Una vez superado el terror del recuerdo de los últimos días, una idea clara destacó sobre el resto: tenía que salir de allí. Excepto aquella misteriosa mujer, todo lo que allí había era amenazante. Pero debía recuperar todo su vigor. Así que permaneció tumbado, sin moverse. Cada vez que oía los goznes de su puerta rechinar, cerraba los ojos hasta que un portazo indicaba que el intruso salía. Cruzó los dedos para que no irrumpiera en el interior de la habitación de nuevo la sombría figura de la hoja curvada. Perdió la noción del tiempo, pero le daba igual. Lo único que le importaba era saber que el tiempo transcurría; que en cada hora, pasase lenta o rápidamente, ganaba un gramo de fortaleza. Así que tras días, semanas, meses, o lo que fuese, se

encontró al máximo de sus capacidades. Se situó junto al marco y esperó y esperó. Al final, la puerta se abrió. Se dispuso a atacar. Pero era ella la que la había abierto. Se miraron durante largo rato, ambos sorprendidos de encontrarse cara a cara junto a la entrada de aquel gris cuarto.

–Has venido a salvarme...– dijo finalmente él, con los ojos humedecidos.

–No. Lo siento– respondió secamente mientras cerraba la puerta a sus espaldas.

Él retrocedió dos pasos. Estaba atribulado. Ella le dedicó una mirada misericordiosa y acarició su mejilla. De repente, se sentía tan bien, con todas las preocupaciones tan lejos... Pero en medio de su estupor, como a través de una densa niebla, se fijó en que aquel punto rojo que había en la cara de ella crecía y se llenaba de sangre, se teñía de un rojo intenso, como un volcán a punto de estallar. Y aquello se volvió el centro de una telaraña de vasos sanguíneos, de finos hilos que se iban extendiendo rápidamente por toda su tez. Y aquel rostro se volvió fiero; y no fiero como lo era la segunda vez que le salvó. Esta vez era aterradoramente fiero: la conjuntiva inyectada, la mueca macabra, las mandíbulas apretadas, los dientes afilados y brillantes. La máscara de caramelo se deshizo para enseñar la cara de un monstruo. De un manotazo, quitó la femenina mano de su mejilla y, al instante, la niebla se disipó. Se apartó de ella más horrorizado que nunca. Súbitamente, se sentía más débil que hacía un momento, que justo antes de recibir la desvitalizadora caricia.

Ella se volvió a mostrar apacible, como si todo hubiese formado parte de una alucinación:

–Relájate. No tienes nada que temer.

Él esquivaba sus intentos de asirle la muñeca, echándose hacia atrás, evitando el contacto.

–Cariño, ¿necesitas ayuda?– expresó una familiar voz procedente de una esquina de la sala.

El joven que le estranguló había entrado con ella sin ser visto. Estaba con él. Aquello fue como un puñetazo en el estómago. Allí, en la penumbra a la que desgraciadamente ya se había acostumbrado, se percató de aquellos detalles que no vio en su momento: también tenía una pequeña mancha rojiza en el pómulo izquierdo; ambos llevaban el mismo colgante. Mientras tanto,

ella continuaba acercándose con amabilidad. ¡Como si fuera idiota y siguiera pensando en que era una aliada! La ira rebasó su miedo. Disparó el puño. Pero sus nudillos no tenían efecto alguno sobre la carne de aquella mujer. Lo único que ocurrió es que una pizca más de su energía vital fluyó hacia ella. Nada más. Le estaba arrinconando. Y el otro hombre se puso en pie y caminó en dirección a ellos. ¿Qué podía hacer? Sus talones, seguidos de su espalda, toparon con la pared.

Su cerebro, más activo que nunca, buscando entre sus archivos, halló algo, una última y desesperada idea. Clavó la pupila en el talismán. Si se lo arrancaba, quizá... Y sus dedos, antes de pensar en las consecuencias, se lanzaron sobre él y tiraron. Pero no movieron aquel colgante ni un ápice, como si ondeara en el aire suspendido sobre cables de hormigón.

–Buena idea. Lástima que sea un objeto del mundo real; un mundo con el que ya no puedes interactuar– señaló el joven divertido.

–Aún me sorprende que después de muertos os paséis meses sin hacer ninguna de esas funciones fisiológicas tan vuestras, y no os deis cuenta de vuestra condición hasta que os lo dicen...– explicó ella, con tono triste, como si le hablara a un niño de cuatro años.

En su mente todo se detuvo. No podía ser.

–¿Qué queréis decir? ¿Qué...? ¿Qué diablos sois?

El chico puso sus manos sobre los hombros de ella y expuso aquella introducción que no se cansaba jamás de repetir a cada nuevo visitante:

–Nos dedicamos a capturar almas cuando son más vulnerables: cuando están fuera de un organismo vivo y aún no han sido llevadas al otro mundo.

Estaba confuso, pero a la vez más iluminado que nunca. Lo vio todo tan claro, encontró de repente tanta pregunta respondida, que su inteligencia no daba abasto para atar tantos cabos. Destrozado por todo lo que estaba deduciendo, sólo pudo tartamudear una pregunta:

–¿Para... para qué?

–Es más complicado pero, para que nos entiendas, nos alimentamos de energía espiritual. Os atrapamos, os encerramos, os absorbemos la energía... Y, sin que sepamos cómo, la regeneráis.

Procuró irse hacia un lado, pero ellos predijeron sus intenciones y ágilmente le bloquearon aquel flanco, sin darle tiempo de activar uno solo de sus músculos (o, mejor dicho, del análogo muscular que tienen las almas).

–¿Qué sois? ¿Devoradores de almas?– le preguntó, aterrado por la idea, a la mujer.

–Uy, lo que somos es algo que no te incumbe. No obstante, te aseguro que no somos devoradores. Devorar suena demasiado... impulsivo. Nosotros chupamos vuestro jugo poco a poco y os dejamos con el suficiente para no desintegraros completamente. Lo que hacemos, lo hacemos con la cabeza. No, no devoramos. Sois como nuestras vaquitas–. La pareja rió. –En el fondo me remuerde la conciencia. Pero en fin, el granjero mantiene cautivas a sus vacas y las ordeña sistemáticamente... Y veo que tus ubres están a rebosar de leche– dijo relamiéndose.

Y antes de que se pudiera zafar de ellos, pusieron sus manos sobre él. De todos modos, la puerta estaba cerrada y no podría huir. Finalmente se rindió. Mientras su visión se entelaba, la mujer habló:

–Acabarás como todos, deseando que la Muerte vuelva a por ti. Cada dos por tres hace un pequeño asalto reclamando lo que es suyo. Y quizá la próxima vez que entre aquí no llegemos a tiempo. Por promedio, cada cincuenta años nos arrebatamos a uno...